

M A R D E L O L M O

EL MITO DEL CHIRINGUITO



En episodios anteriores...

Soy Ana, tengo 47 años, dos hijos, el mismo marido desde hace varios lustros, un perro sin raza y un chiringuito en la playa. Hasta hace no mucho vivía, como el común de los mortales, en una ciudad dormitorio y acudía a diario a una oficina donde desempeñaba un trabajo remunerado.

Hasta que, un día, lo dejé todo. La historia podría ser larga, pero para no extenderme con detalles y aburrir demasiado, suelo resumirla en una palabra de cosecha propia: estaba «hasta el moño detó».

Yo era redactora de moda y belleza en el suplemento dominical de un prestigioso diario de tirada nacional. Era un buen trabajo y me gustaba. No todo el mundo puede decir lo mismo del suyo. Pero todo se fue al traste cuando apareció ella: Jessi. Era insul tantemente joven y la amante del director general, aunque eso lo descubrí demasiado tarde. Entró de becaria y escaló puestos con sucias artimañas, haciendo que todo mi mundo se tambalara.

¿O acaso los cimientos ya estaban enfermos y ella solo sopló un poquito hasta derribar lo que apenas se mantenía en pie?

Cuando los asuntos familiares se torcieron y las cuentas del periódico comenzaron a lucir engalanadas con unos bonitos números rojos, me apunté al ERE.

Por miedo. Porque me aterraba la idea de que una tal Jessi se convirtiera en mi jefa.

Fue una difícil decisión de impensables consecuencias.

Al igual que muchos de los madrileños atrapados en la vorágine de la gran ciudad, mi marido y yo soñábamos con establecer-nos lejos de la capital y montar un chiringuito en Cádiz.

Así que, con el finiquito debajo del brazo, hicimos las maletas, subimos a la fuerza en el coche a dos adolescentes hechos un mar de lágrimas y un perro que movía la cola, feliz por salir de viaje, y partimos rumbo al sur.

Hasta ese momento, habíamos vivido como una familia felizmente desequilibrada. Y supongo que seguimos siéndolo, pero en lugar de contar con un adosado en Rivas como escenario, ahora el marco de nuestras desventuras es el Buenos Aires, un chiringuito familiar a orillas del Atlántico.

Durante las siete horas que duró el trayecto de Madrid a Cádiz, me monté una película en la cabeza en la que emulaba a Karen Blixen en *Memorias de África*. Pero sin sífilis, por favor. Bastante tengo con los ataques esporádicos de candidiasis y las hemorroides que me dejaron de recuerdo los partos de mis hijos. Yo no iba a enseñar a leer a los niños masái, pero sí a empezar una nueva vida lejos de lo que había conocido hasta ahora. Viajaba llena de ilusiones, creyendo que iba a vivir eternamente descalza y en pareo. Pero la realidad siempre supera a los mejores sueños. O las peores pesadillas.

Y esta es la mía.

¿Buenos Aires?

—Manu, necesito que vengas ¡YA!, por favor. Se ha reventado la cañería del baño del chiringuito y estoy pisando mierda. Literalmente. Ven, ¡por tus muertos!

Sí. Este es el lamentable estado de nuestro emergente negocio. Un chiringuito en playas gaditanas llamado Buenos Aires.

No tenemos ningún pariente recién descubierto en América que nos haya dejado una inesperada herencia y al que honrar dándole el nombre de su ciudad natal. La culpa de que lo hayamos bautizado así la tiene una rara conjunción de este viento que no cesa y un camarero argentino que, al igual que el fantasma de mi conciencia dormida, me fui encontrando en distintos momentos a lo largo de los últimos meses de mi calvario en Madrid, y siempre coincidía con que estaba a punto de cometer alguna atrocidad.

Sus sabios consejos y el repugnante sabor del último mate al que me invitó me inspiraron para perpetuar su origen porteño a orillas del Atlántico.

Para la inauguración de nuestro flamante y emergente negocio organizamos una fiesta en la playa. Pusimos el mayor de los esmeros para que cada detalle resultara perfecto. Repartimos invitaciones en la calle informando de la nueva apertura y la ce-

lebración que la acompañaba. Pedimos a los asistentes que vistieran de blanco, sonaba de fondo una modernísima música *chill out*, y corrían litros y litros de alcohol. Concretamente, fueron ciento veinte litros de sangría con la receta de Manu, mi querido esposo, quien la prepara con la misma cantidad de vino que de Cointreau, y más de trescientos litros de cerveza. Imposible no divertirse.

Surfistas, windsurfistas, locos del *kite* y demás deportes acuáticos..., en resumidas cuentas, los que presumíamos serían nuestros futuros clientes abarrotaban el local y la playa cercana. Además, trajeron a todos sus colegas. De Chiclana, Caños de Meca, Conil, Tarifa... Te diría que había también algún vasco, porque de cuando en cuando, por encima del griterío y la música, se escuchaba a un chaval de nariz prominente que gritaba constantemente un «¡ahí va la hostia!» que desentonaba entre una mayoría de «quillos».

En pleno subidón de adrenalina —o de alcoholemia— les pedimos que nos hicieran un pasillo desde la orilla del mar hasta la entrada del chiringuito con sus tablas clavadas en la arena, a lo que todos accedieron solícitos si a cambio había barra libre de cerveza. La escena quedó muy estética. Una instantánea digna de una revista de viajes. Como si hubiera sido preparada y ensayada con antelación. Si cierro los ojos y le pongo banda sonora, lo revivo como si se tratara de una película con final feliz.

No creo que la mejor manera de empezar sea quejándome. A pesar del atasco del inodoro, mal, lo que se dice mal, no nos va. Hace cerca de un año de nuestra salida de Madrid y seis meses de la apertura del chiringuito.

No puede decirse que nuestra fuga fuera completamente voluntaria, ni mucho menos meditada, sino más bien un cúmulo de coincidencias que nos forzaron a tomar una decisión radical. Una buena amiga, de las que se quedaron en Madrid junto con

tantas otras cosas, decía que soy como los caballos, un animal de huida. Y, ciertamente, eso es lo que hice, arrastrando a mi familia conmigo. Cuando la situación laboral me superó, puse distancia de por medio. Sin un ápice de racionalidad. Sin haber hecho números previamente, como hace la gente normal. Fue un impulso. Ese puñetazo en la mesa que debería haber dado en la oficina. Pero es más sencillo —y más cobarde— hacerlo con los tuyos, con los que te quieren. Porque, aunque te equivoques estrepitosamente, no pueden echarte de casa. No si eres tú quien paga la hipoteca. En caso contrario, no sé qué habría pasado.

Lo cierto es que la situación de mis retoños tampoco era idílica. Quien tenga hijos adolescentes sabe lo difíciles que pueden llegar a ser. Y Manu y yo, sobrepassados por los asuntos laborales, los dejamos demasiado libres. Justo cuando más límites necesitan. Dejaron de prestar atención a los estudios, se juntaron con malas compañías, salían de jurga de lunes a domingo... El caos.

A veces, me asaltan las dudas acerca de si actuamos de manera correcta. Aunque sea tarde para planteármelo, no lo puedo evitar. Lo cierto es que hicimos las maletas y nos vinimos aquí con un único objetivo claro: ver el mar a diario.

¡Y aquí estamos!

Esta provincia tiene muchas cosas muy buenas. Empezando por el clima, la luz y, ¡cómo no!, la gente. Estoy enamorada de sus playas, del océano, del olor, e incluso te diría que del viento que nos azota un día sí y otro también en nuestra bonita casa azul.

Nos enamoramos de ella nada más verla. Por fuera, es idílica. Se salta todas las normas urbanísticas y la ley de costas, y ahí radica la mayor parte de su encanto. En cuanto traspasas el umbral, pisas la arena de la playa. Tiene una terraza que corona la casa y que parece el puesto de control de un pirata avistando navíos enemigos. De hecho, hemos improvisado un mástil casero, con su bandera negra y su calavera. Un acto pueril del que nuestros ado-

lescentes se burlan sin piedad. El interior estaba muy descuidado. No importaba. Nos gustaba la apariencia externa. El resto podría arreglarse con una buena capa de pintura y colocando muebles en lugares estratégicos para ocultar los desconchones de las paredes.

Cádiz había sido nuestro destino de vacaciones los últimos cuatro veranos. No íbamos a terreno completamente desconocido. Supongo que no podemos considerarnos tan valientes como creemos.

Contábamos con amigos y conocidos en la zona a los que pedimos ayuda para todo: la plaza en el instituto para Marina y Santi, nuestros ceñudos cachorros humanos; las gestiones del empadronamiento y, por encima de todo, un buen enchufe para obtener la licencia de apertura de un chiringuito en un tiempo récord, saltándonos toda la burocracia local. Desde Madrid nos habíamos creído que era fácil. ¿Quién se pone a pensar en papeleos y administraciones cuando está soltando amarras?

¡Ay, qué osada es la ignorancia! Tuvimos suerte y el procedimiento de adjudicación había cambiado. Ya no se pedían ni méritos ni avales de profesionalidad, porque no contábamos con ninguna de las dos cosas. Solo teníamos unas ganas inmensas de vivir el sueño que habíamos construido pieza a pieza en nuestros pensamientos. Un inestable castillo de naipes.

Paso a paso

Hace años que Manu y yo hemos concentrado todos nuestros esfuerzos en mantener a flote el precario equilibrio entre los dos pilares fundamentales de nuestra vida en común: trabajo y familia.

El primero requiere de interminables horas de dedicación. Reparaciones constantes, retoques de chapa y pintura y un ingente trabajo creativo para conseguir no naufragar con los envites de la competencia. Con este negocio entendimos el significado de «hacer el agosto». Si no te forras de junio a septiembre, mueres de hambre el resto de los meses.

El verano se hace muy corto para los que dejan pasar los días de sus vacaciones en la playa. Y el espejismo de esa felicidad estival es creer que la vida siempre transcurrirá apacible viviendo en cualquier localidad costera regentando un negocio. Esa es la trampa mortal en la que caímos nosotros.

Por increíble que parezca, recé todas las noches de nuestro primer verano con chiringuito para que acabara ya esa tortura. Porque no había tiempo para descansos, ni glamur en los uniformes ni sombreros de paja sirviendo de perfecto marco para nuestras brillantes sonrisas.

No recuerdo haber sudado más en mi vida. No había lugar para sombreros, porque se derretían, así que fueron sustituidos por un pañuelo anudado en la nuca para mantener las gotas de sudor que resbalaban por mi frente y me recorrían la espalda, columna abajo, hasta perderse por la hendidura formada por los glúteos, lo más lejos posible de los platos que tenía que servir.

En las mesas, ajenos a mi drama personal, los clientes conversaban satisfechos y bebían tinto de verano con vistas al mar. Vestían pareos de dibujos étnicos, camisetas de tirantes, gafas de sol que reflejaban la sonrisa de sus compañeros de juega. Desprendían aroma a bronceador, caminaban descalzos y libres, bailaban sobre la arena si una canción les gustaba más que la anterior. Almas libres durante la quincena de julio o agosto en la que disfrutaban de un tercer grado concedido por sus empresas.

Esa era la perspectiva que yo tenía, con la que comulgué y la que hice mía cuando era una condenada más a cadena perpetua en forma de trabajo fijo en pleno corazón de Madrid. Creí firmemente que *chiringuito* era sinónimo de *despreocupación*.

El primer error que cometimos fue convencernos de que se trataba de un negocio fácil. Ni mi marido ni yo teníamos experiencia alguna en materia de hostelería. Ni siquiera podríamos considerarnos principiantes, a pesar de que habíamos tejido entre los dos la estúpida trampa de creernos capaces de vivir de las ganancias que aportara un chiringuito en Cádiz. Como si fuera fácil gestionar proveedores y jornadas sin horario, compaginar tareas de camarero con las de pinche de cocina y responsable de compras, para luego transformarnos en limpiadores y contables cuando conseguíamos echar el cierre y nos quedábamos solos y exhaustos en el local. Nos habíamos creído nuestro propio cuento de la lechera. El origen de nuestra ingenuidad tiene su génesis en un tío de Manu. Se llamaba Rafael y regentó un bar en Haro. Al tratarse de un familiar de primer grado, dimos por

hecho que mi marido llevaría algo de hostelero en la sangre. Ahí, dándole de tortas a las leyes de Mendel. La genética lo es todo. Lo mismo heredas el grupo sanguíneo y los ojos marrones que la habilidad para conseguir trabajo de reponedor en Lidl.

Nunca se nos ocurrió pensar el porqué del cierre de su negocio en pleno corazón de la zona de vinos de una de las localidades con más solera y visitantes de La Rioja. El tío Rafael se lo había bebido todo. Las existencias y las ganancias. Prueba de ello fue la cirrosis que lo llevó a la ruina primero y a la tumba después.

La segunda equivocación fue pensar que podríamos aprender de manera autodidacta. Ciertamente es que hoy en día no hay problema que no te enseñe a arreglarlo un tutorial de YouTube. Cuando Santi me había pedido ayuda en alguna ocasión para resolver algún problema de Matemáticas, yo lo redirigía hacia uno de los muchos canales de profes de Matemáticas que me sacaban del apuro. En los últimos años también se pusieron de moda los *talent show*. De cocina, costura, fotografía, supervivencia... Había para elegir. Nosotros pertenecemos a la generación de la televisión más que a la de los nativos digitales, esos son nuestros hijos, así que nos sentamos delante de la caja tonta y nos vimos todos los programas de ruinosos negocios de hostelería que arreglaba Chicote. Queríamos aprender de los fallos que cometían los demás. Veíamos con una claridad insultante dónde se equivocaban otros. Olvidamos que aquello era telebasura. Que respondía a un guion escrito por un alma atormentada. Si no, es imposible entender que esos establecimientos mantuvieran licencias para manipular alimentos y servir comidas: carnes putrefactas, neveras repugnantemente sucias, ratas muertas y perejil seco de bote.

Para ir un poco más lejos, yo me apunté a un curso de cocina *online*. He de ser sincera y reconocer que lo empecé empujada por el mejor de los reclamos: una sugerente foto de Jordi Cruz, otro cocinero forjado a golpe de cámara de televisión, quien, desde el

folleto que encontré en el buzón, me miraba directamente a los ojos, invitándome a pasar horas y horas entre fogones y enseñarme los secretos de los mejores chefs del mundo. Y yo me imaginaba rodeada de humeantes cacerolas, con un immaculado uniforme blanco, sin gorro, claro, porque me dejaría el pelo sin volumen, emplatando con maestría y guiada por el atractivo Jordi. Fue una decepción cuando empecé con las clases: la primera lección iba sobre cacerolas, la segunda sobre sartenes y en la tercera solo se veían unas manos que mostraban y cogían los ingredientes necesarios para preparar bases de caldos bastante normalitas. Quería reclamar. Me sentía estafada. ¿Dónde estaba Jordi? Él era el responsable de mi recién descubierta pasión por la cocina. Y es que la mayoría de esas lecciones eran impartidas por otro personaje con gafas, un total desconocido para mí. No pongo en duda que fuera un magnífico maestro de fogones, pero carecía de atractivo físico, no como el apuesto Jordi, el verdadero motivo por el que, en un momento de locura transitoria, me creí capaz de aprender a guisar como una profesional.

Mientras yo me devanaba los sesos frente a un ordenador en un vano intento por retener en mi cerebro recetas de caldos y salsas y elaborarlas luego en la tierra de la fritura andaluza, Manu, por su parte, había ampliado el espectro con algún cocinero internacional.

Cádiz es destino de turismo internacional, resultaba imponderable ampliar dicho espectro pensando en una carta que satisficiera a propios y extraños. De Arguiñano aprendió que había que entrar un poco achispado a la cocina y contar chistes subidos de tono. De Gordon Ramsey, que la mala leche te lleva al éxito con el personal, y de los hermanos Torres, que hay que comprar en El Corte Inglés.

Con los fundamentos aprendidos, teníamos que ensayar nuestros logros con la familia, amigos, o incluso con todos ellos, antes

de abrir oficialmente el negocio cuyo nombre le venía al pelo: Buenos Aires. Porque allí soplaban el puñetero viento de noche y de día. De poniente o de levante. Con frío o con calor. ¡Que alguien pusiera fin a aquella ventolera un día al menos, por favor! ¡Si hasta existía una calle que se llamaba paseo del Vendaval! Una declaración de intenciones en toda regla. Me estaba volviendo loca. Al incesante airecito había que sumarle las protestas diarias de Marina porque su larga melena se enredaba y se encrespaba. Y sus quejas constantes eran más persistentes que el viento.

Pretendíamos —¡ilusos!— que nuestros hijos participaran de la responsabilidad del negocio. Ellos habían sido una de las principales razones que nos animaron a intentar comenzar una nueva vida lejos de la gran ciudad, el pequeño pueblo, los malos vicios, los antiguos amigos, los vecinos «porculeros» y las bandas juveniles. Ninguno alcanzaba la mayoría de edad, pero, como diría mi padre, él empezó a trabajar a los catorce años y no tenía ningún trauma; y con su primer sueldo compró una mantilla y una peineta para su madre. Porque, según contaba, tenía ella mucha ilusión por salir en la procesión de la Virgen de su pueblo luciendo las mismas galas que sus vecinas. Mi padre contaba con una anécdota ejemplarizante para cada situación cotidiana.

Santi y Marina colaborarían realizando tareas sencillas y solo durante los fines de semana y las vacaciones. El uno era demasiado desgarbado como para hacerle responsable de vasos y platos en toda su fragilidad. La otra tenía tan mal encare que iba a ser una constante fuga de clientes, con esa mirada penetrante enmarcada en una máscara negra de rímel y *eyeliner*. Así que, en semanas alternas, uno tomaría comandas y otro limpiaría mesas. Tal vez, si la diosa Fortuna lo consideraba oportuno, el uno mejoraría su habilidad para con las vajillas y cristalerías y la otra aprendería a sonreír sin dar un miedo atroz.

Aceptaron a la primera y sin pedir ninguna contraprestación. Supusieron, simples de ellos, que, si los obligábamos a trabajar, los estudios podrían quedar relegados a una inexistente quinta dimensión. No corrieron esa suerte. No habíamos perdido la cabeza hasta ese punto. Ambos debían continuar donde lo habían dejado en Madrid. Nuestros queridos adolescentes eran pésimos estudiantes, y Manu y yo, lo suficientemente ingenuos para afirmar que no era por falta de inteligencia, sino por exceso de vagancia y el pésimo entorno que habían elegido en Madrid. Nos repetimos una y otra vez que Cádiz iba a servir también como revulsivo para que nuestros cachorros encontraran el buen camino. Deberíamos haber superado el récord Guinness a la estupidez... Lo único que pasaba en las cabezas de Santi y Marina era una adolescencia feroz regada de una total ausencia de autoridad por nuestra parte.

Lo que ignoraban nuestros cachorros era que ya tenían plaza asignada en un instituto cercano a nuestra casa para el curso siguiente sin preguntarles por las asignaturas optativas que preferían cursar, por si se atrevían a plantearnos que su intención era encontrar algún trabajillo o pedir que les pagáramos por su colaboración en el chiringuito.

Ensayábamos en el local vacío de clientes. Yo, frente a los fogones; Manu, como el mejor pinche del mundo y, además, poniendo música y creando buen ambiente repartiendo copas de vino blanco a discreción a la atareada cocinera; Santi, poniendo la mesa sin tirar ni un tenedor y Marina metiendo prisa porque el hambre acuciaba.

Repetíamos la operación en cada almuerzo y cena. Inasequibles al desaliento. Y en una semana nos sentimos preparados. Al menos, los adultos. Los niños se perdían en sus redes sociales y, aunque su cuerpo nos acompañaba, su mente volaba ligera de peso por el ciberespacio.

Había llegado el momento de un ensayo general, pero no teníamos suficientes conocidos en aquella ciudad que aún no habíamos hecho nuestra. Solo nos quedaba recurrir a la familia. Los lazos de sangre también sirven para ocasiones especiales, aunque haya riesgo de intoxicación. Decidimos que deberíamos ofrecer alojamiento, en la medida de nuestras posibilidades, para que el anzuelo fuera mucho más atractivo para aquellos cuya economía era más que ajustada.

Se apuntaron los que tenían que hacerlo y los que no: Águeda, mi santa madre, vendría con mi hermano Toño en coche. Quique y Mónica también se apuntaron, a pesar de las reticencias de mi hermano pequeño y su querida esposa con respecto a la humedad de Cádiz y las posibles consecuencias que podría tener sobre la salud de su venerado heredero. Mi hermana Elena vendría en avión junto con sus tres hijos. Ellos no pusieron ninguna pega; no solo se reencontrarían con sus primos, sino que, además, tendrían que faltar uno o dos días a clase, ya que su madre había decidido alargar su estancia alguna jornada más. Parecía que ya contábamos con aforo completo cuando recibí un mensaje de mi padre diciendo que le esperara. Y a su Soco, claro.

Mis padres se habían separado hacía relativamente poco tiempo. Ahora este nuevo estado civil está a la orden del día entre nuestros mayores. Los matrimonios de jubilados deciden tomar caminos separados porque la convivencia en modo intensivo les viene grande por falta de costumbre. En el caso concreto de mi familia, no había sido por un desgaste de la convivencia, sino más bien un desliz tardío de mi padre. Decidió liarse con la asistente que limpiaba la casa y que nos había cuidado en la infancia. Cuando nos enteramos, los cuatro hermanos quedamos en *shock*. Para nosotros era como si papá se hubiera liado con nuestra otra madre. Me atrevería a decir que esa mujer era mayor que la verdadera, al menos en apariencia. Y, aunque no se puede catalo-

gar como rencor lo que sentía mi madre hacia ellos, porque sus sentimientos se inclinaban mucho más hacia el alivio, lo cierto es que siempre me producía cierta inquietud reunirlos bajo el mismo techo. Por otro lado, tampoco podía decirle a mi padre y a Soco que no eran bienvenidos, porque sería faltar a la verdad. Rebusqué en mi bolso y fui consciente de que tenía que hacer una visita urgente al médico de familia para que me renovara la receta de Lexatin. Me encontraba en niveles mínimos de ansiolíticos y tenía la certeza de que los iba a necesitar.

La siguiente tarea de la lista era la organización del alojamiento de la tropa. Salvo mi hermana, que tenía la cuenta corriente muy saneada, todos los demás llegaban a duras penas a fin de mes. Y no parecía muy apropiado invitarlos para que actuaran de conejillos de indias sin proporcionarles alojamiento gratis o alguno muy barato que no perjudicara más sus maltrechos bolsillos. Aprovechando la parte de sangre gitana que intuyo que debe de correr por mis venas, convencí a Manu para llenar todos los rincones aprovechables de nuestra casa con colchonetas, colchones y cojines, y montar una especie de comuna donde poder echar a dormir a los once que vendrían. Como era costumbre en él, Manu estuvo de acuerdo conmigo sin haberme escuchado siquiera.

Santi y Marina también sintieron el tierno impulso de colaborar cediendo sus mullidas camas a los mayores de la familia. Bastó con pasear un billete de veinte euros por delante de sus ojos. Decidieron, además, aprovechar la situación a su favor. Nos propusieron extender la invitación de la comida inaugural a los escasos amigos que habían conseguido hacer en el tiempo que llevábamos viviendo en Cádiz. Y nosotros puntualizamos: a ellos y a sus padres. Un adolescente famélico no valora lo que le pongas de comer y beber, y menos si no tiene que pagar por ello. Así, sumando a los padres, ampliábamos la posible crítica culinaria,

opiniones menos condicionadas que la que pudieran aportar mis padres, hermanos, cuñados y sobrinos con ganas de escapar de Madrid y de celebrar lo que fuera.

Bien pensado, así también podríamos ver con quién andaban nuestros no tan niños. Aún temblábamos al recordar a alguno de los amigos que habían dejado atrás en Madrid. Y a lo mejor hasta congeniábamos con alguna pareja con la que salir de juerga por Cádiz. Siempre se necesita un buen cicerone que te guíe las primeras veces. No quería perder la esperanza de recuperar algún día un ápice de vida social.

Acordamos una fecha y convocamos a la familia para el 18 de mayo. Hasta entonces, habría mucho trabajo por delante. Aquello no iba a ser una comida más, se trataba de nuestra prueba de fuego, la que nos demostraría si realmente estábamos preparados o no para regentar un restaurante y no morir en el intento o caer en el fracaso. Desde el sofá de nuestra casa de Madrid habíamos imaginado infinitas veces cómo sería abandonarlo todo y vivir en Cádiz. Descalzos. Sin peinar. Sin depilar incluso. ¡A lo loco! Abrir la ventana y sentir la brisa en la cara, el sol, el olor a mar.

No atendíamos a las señales, esas en las que colocar en su debido sitio mis románticas ensoñaciones. Porque si decidía abrir la ventana para sentir la brisa en la cara, Manu me echaba la bronca porque estaba barriendo en otro punto de la casa y había provocado una corriente que se había llevado todo su trabajo a una esquina de la que le iba a costar mucho sacarlo. No quise reprocharle que la culpa era suya por no haberme dado el capricho de un robot aspirador. No era la mejor de las respuestas posibles.

Si él caminaba descalzo por la casa, yo le obligaba a ponerse zapatillas porque traía toda la porquería de la calle pegada en la planta de los pies, incluida la arena que luego él tenía que barrer.

Si me levantaba en modo *hippy* y decidía no peinarme con el fin de conseguir una melena con rastas medio dignas, él criticaba mi falta de higiene, totalmente execrable en quien va a trabajar en la cocina, subrayando la no muy remota posibilidad de que mis pelos acabaran sobre la comida.

Si hacía calor y Manu osaba quitarse la camiseta sin ninguna intención de ponerse otra, la III Guerra Mundial se fraguaba en mi cerebro con altas probabilidades de mandar una bomba de hidrógeno hacia el incauto de mi marido.

La situación era insostenible. Teníamos que acabar con la hostilidad urgentemente. Sobre todo, si debíamos formar un equipo, un todo sin fisuras. No existía un euro de reserva para contratar a alguien. Ni a tiempo parcial. Salvo a un ayudante de cocina. Era imposible que entre los dos pudiéramos hacerlo todo.